

**JOHN
STEINBECK**
PREMIO NOBEL

**en lucha
incierta**



Frente a la visión tópica de la sociedad feliz, Steinbeck muestra las tensiones que corroen la vida americana: el conflicto racial, las grandes áreas de pobreza, los fenómenos colectivos de rechazo frente a las comunidades de inmigrantes y especialmente ante el mundo mejicano. Y lo hace sin apoyarse en ningún apriorismo político, por razones no doctrinarias, sino humanas.

Y lo hace también tiñendo sus páginas de lirismo, aunque este lirismo en ningún caso suponga una actitud conformista o un canto reaccionario a las pretendidas virtudes idílicas de la pobreza.

En lucha incierta, es una novela significativa de esta actitud, escrita en los años de la gran crisis, centrada en la rebeldía de los inmigrantes que acuden a California a la recogida de la manzana, y que tienen que aceptar las condiciones infrahumanas que les imponen los terratenientes.

La evidente simpatía con que Steinbeck ve el alzamiento de los desheredados le valió los ataques furibundos de la prensa controlada por los terratenientes. Steinbeck fue acusado de comunista —grave acusación en aquellos tiempos y en aquel país— mientras los grupos de izquierda arremetían también acusándole de presentar esta lucha de los braceros sin las necesarias connotaciones políticas que en su opinión contribuían a clarificarla.

Realista y lírico, Steinbeck ha sido el novelista de la California del gran impulso económico, el poeta que contrasta con la opulencia desvergonzada de una sociedad en proceso de deshumanización.

Y es precisamente contra esta deshumanización, contra los principios, tan americanos, de una sociedad competitiva

contra lo que Steinbeck se alzó con la única arma de que disponía: su condición de novelista excepcional.

Índice de contenido

Cubierta

En lucha incierta

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

14

Sobre el autor

Notas

*Una fuerza innumerable de Espíritus armados
que osó desdeñar su reino y preferirme a mí,
se enfrentó a su poder inconmensurable
en lucha incierta en las llanuras del Cielo,
haciendo estremecer su trono. ¿Qué importa la batalla perdida?*

*No todo está perdido, pues quedan la voluntad inconquistable,
el sentimiento de venganza, el odio inmortal
y el coraje nunca sometido ni rendido.
¿Qué más se precisa para vencer?*

El Paraíso Perdido
JOHN MILTON

*Las personas y lugares que aparecen en este libro son
ficticios.*

1

Por fin llegó la noche. Las luces se encendieron afuera, en la calle, y el letrero de neón del restaurante de la esquina comenzó a conectarse y desconectarse bruscamente, haciendo estallar en el aire su luminosidad color rojo subido. En el interior de la habitación de Jim Nolan el letrero proyectaba una luz roja atenuada. Por espacio de dos horas, Jim había permanecido sentado en una mecedora pequeña y dura, con los pies sobre la blanca colcha. Ahora que ya había anochecido completamente, colocó los pies en el suelo y se palmoreó las piernas dormidas. Durante un momento, se quedó tranquilamente sentado, mientras oleadas de hormiguillo le subían y le bajaban por las pantorrillas. Luego, se puso en pie y fue a encender la luz, que surgía de una bombilla desprovista de pantalla. La habitación amueblada se iluminó, mostrando la gran cama blanca, con su colcha asimismo blanca como el yeso, el escritorio de roble dorado, y la limpia alfombra roja gastada hasta la moqueta, de color castaño.

Jim se dirigió hacia el lavabo situado en el rincón, se lavó las manos y se humedeció el cabello dejando pasar el agua a través de sus dedos. Mirando al espejo colgado en el rincón del cuarto, encima del lavabo, contempló de cerca por un momento sus propios ojos, pequeños y grises. De un bolsillo interior extrajo un peine provisto de clip, y se peinó su cabello castaño y liso, partiéndolo limpiamente con una raya a un lado. Vestía un traje oscuro y una camisa gris de franela, abierta en el pecho. Con una toalla secó el

jabón y dejó caer la delgada pastilla en una bolsa de papel abierta que había sobre la cama. Esa bolsa contenía una maquinilla Gillette, cuatro pares de calcetines nuevos y otra camisa de franela gris. Echó una mirada a la habitación y retorció la boca de la bolsa a fin de cerrarla. Por espacio de un momento más, miró como de pasada al espejo, apagó la luz y traspuso el umbral.

Descendió por la escalera estrecha y sin alfombrar, y llamó a una puerta situada junto a la principal. Se abrió un poco. Una mujer se le quedó mirando y luego abrió más. Se trataba de una rubia corpulenta, con un lunar oscuro junto a la boca. Le sonrió.

—Señor Nolan.

—Me marchó —anunció Jim.

—Pero volverá. ¿Quiere que le guarde su habitación?

—No. He conseguido que sea definitivamente. Recibí una carta.

—Usted no recibió cartas aquí —observó la mujer en tono de sospecha.

—No, me llegó a mi lugar de trabajo. Ya no volveré. Me han pagado una semana de salario por adelantado.

La sonrisa de la casera se borró lentamente. Su expresión pareció deslizarse hacia la cólera sin experimentar, por lo demás, un gran cambio.

—Debió usted comunicármelo con una semana de anticipación —dijo abruptamente—. Es el reglamento. Tengo que quedarme con el depósito porque no me avisó usted.

—Lo sé. Todo está conforme. No sabía cuánto tiempo iba a poder quedarme.

La sonrisa volvió al rostro de la casera.

—Ha sido usted un inquilino bueno y tranquilo, por más que no haya permanecido aquí mucho tiempo. Si alguna vez vuelve, véngase directamente, que le encontraré sitio. Hay marineros que vienen a mi casa cada vez que tocan este puerto, y yo les consigo habitación. No irían a ningún otro lugar.

—Lo tendré en cuenta, señora Meer. Dejo la llave en la puerta.

—¿Ha apagado la luz?

—Sí.

—Bien, pues no subiré hasta mañana por la mañana. ¿Quiere usted entrar y echar un traguito?

—No, gracias. Tengo que irme.

Los ojos de la patrona se empequeñecieron en un gesto de inteligencia.

—¿Está usted metido en un lío? Tal vez yo pudiera ayudarle.

—No. Nadie anda detrás de mí. Simplemente, voy a cambiar de trabajo. Bien, buenas noches, señora Meer.

Le tendió una mano cubierta de polvos. Jim se cambió de mano la bolsa de papel y estrechó por un momento la mano de la mujer, sintiendo la blanda carne bajo sus dedos.

—No lo olvide —insistió ella—. Yo siempre puedo encontrar habitación. La gente vuelve a mi casa año tras año: marineros y viajantes.

—Lo tendré en cuenta. Buenas noches.

Ella se lo quedó mirando hasta que atravesó la puerta principal y descendió los peldaños de cemento hasta la acera.

Caminó hasta la esquina y miró el reloj del escaparate de una joyería: las seis y media. Echó a andar con rapidez en dirección Este, atravesando un barrio de almacenes y tiendas especializadas, y después otro de comercios al por mayor, tranquilo ahora, al atardecer, con las calles estrechas desiertas y las puertas de los almacenes atrancadas con barras de madera y telas metálicas. Por último, llegó a una vieja calle de edificios de ladrillo, de tres plantas. Las plantas bajas las ocupaban casas de empeños y vendedores de herramientas de segunda mano, mientras que en los dos pisos superiores tenían sus consultorios dentistas y abogados fracasados. Jim fue mirando cada portal hasta que ha-

lló el número que buscaba. Traspuso una oscura entrada y subió los estrechos peldaños, recubiertos de caucho y con los bordes protegidos por tiras de latón. Una débil luz de noche alumbraba en lo alto de la escalera, pero sólo una puerta del largo vestíbulo mostraba luz a través de su cristal esmerilado. Jim se aproximó, miró el «Dieciséis» escrito en el cristal, y llamó.

—Adelante —invitó una voz áspera.

Jim abrió la puerta y penetró en una pequeña y desnuda oficina que sólo constaba de una mesa escritorio, un archivador metálico, un catre de campaña y dos modestas sillas. Sobre la mesa había un hornillo eléctrico en el cual una cafeterita de hojalata hervía y despedía vapor. Un hombre miraba solemnemente a Jim por encima del escritorio. Dirigió una ojeada a una tarjeta que tenía ante sí y preguntó:

—¿Jim Nolan?

—Sí.

Jim le contempló de cerca: un hombrecillo pulcramente vestido con un traje oscuro. Su espeso cabello estaba peinado hacia abajo, sobre cada lado desde la coronilla, en un vano intento de cubrir una cicatriz blanca de algo más de un centímetro de anchura que se extendía horizontalmente sobre la oreja derecha. Los ojos eran penetrantes y negros, unos ojos inquietos y nerviosos que se movían constantemente de Jim a la tarjeta, de ésta a un calendario de pared y a un despertador, para volver a Jim. La nariz era ancha, gruesa en el puente y estrecha en la punta. La boca pudo haber sido en otro tiempo carnososa y suave, pero la tensión muscular habitual la había apretado, dibujando una profunda línea en cada labio. Aunque aquel hombre no podía tener más de cuarenta años, su rostro mostraba unas acusadas arrugas en forma de paréntesis que delataban su resistencia al ataque. Sus manos eran nerviosas, como sus ojos; manos anchas, casi demasiado grandes en relación con el cuerpo, provistas de dedos largos con las puntas en forma de espátula y uñas planas y gruesas. Esas manos se movían

por la mesa como las manos exploradoras de un ciego, palpando las esquinas del papel, siguiendo el extremo del tablero, tocando sucesivamente cada botón de su chaleco. La mano derecha se adelantó hacia el hornillo y lo desconectó.

Jim cerró la puerta despacio y se acercó al escritorio.

—Me dijeron que viniera aquí.

De improviso, el hombre se puso en pie y tendió su mano derecha por encima de la mesa:

—Soy Harry Nilson. Tengo aquí su solicitud. —Jim le estrechó la mano—. Siéntese, Jim—la nerviosa voz sonaba suave, pero esta suavidad era el resultado de un esfuerzo.

Jim acercó la única silla libre y tomó asiento junto al escritorio. Harry abrió un cajón, extrajo un bote de leche abierto, con los orificios tapados con cerillas, un azucarero y dos gruesas tazas.

—¿Quiere usted una taza de café?

—Ya lo creo.

Nilson sirvió el café negro en las tazas y dijo:

—Así es como procedemos con las solicitudes, Jim. Su tarjeta fue al comité de admisión, y yo tengo que hablar con usted y redactar un informe. El comité examina el informe y entonces los miembros le votan. Como ve, si le hago demasiadas preguntas es porque no tengo más remedio.

Añadió leche a su café, luego levantó la vista y sus ojos sonrieron durante un segundo.

—Desde luego, me hago cargo —dijo Jim—. He oído decir que seleccionan ustedes más que el Union League Club.

—¡Dios mío, no tenemos más remedio! —Mostró a Jim el azucarero, y añadió bruscamente—. ¿Por qué quiere usted afiliarse al Partido?

Jim revolvió el café. Su rostro se frunció en un gesto de concentración, y dirigió la mirada hacia sus rodillas.

—Bien, podría darle un montón de pequeñas razones, pero la principal es ésta: toda mi familia ha sido arruinada

por este sistema. A mi viejo, o sea mi padre, le aporrearon tanto en los disturbios laborales que lo dejaron sonado. Se le metió en la cabeza que tenía que dinamitar el matadero donde trabajaba. Bien, pues recibió una perdigonada en el pecho durante un tumulto.

Harry le interrumpió:

—¿Era su padre Roy Nolan?

—Sí. Le mataron hace tres años.

—¡Jesús! —exclamó Harry—. Tenía fama de ser el tipo más duro del país. He oído decir que era capaz de cascar a cinco polis él solito.

—Imagino que podía hacerlo —admitió Jim sonriendo—, pero cada vez que salía se encontraba con seis. Siempre le pegaban unas palizas de todos los demonios. Acostumbraba a venir a casa cubierto de sangre, se sentaba junto a la estufa y entonces teníamos que dejarlo solo. Ni siquiera podíamos hablarle, pues de lo contrario se hubiera echado a llorar. Cuando mi madre, más tarde, lo lavaba, gimoteaba como un perro. —Hizo una pausa—. Como usted sabe, era matarife en el matadero. Acostumbraba a beber sangre caliente para mantenerse fuerte.

Nilson le dirigió una rápida mirada y luego apartó sus ojos de él. Dobló la esquina de la tarjeta de solicitud y la devolvió a su posición primitiva con la uña del pulgar. Preguntó suavemente:

—¿Vive su madre?

—Murió hace un mes —dijo Jim entornando los ojos—. Yo estaba en la cárcel. Treinta días por vagancia. Me llegó la noticia de que se moría y me permitieron ir a casa acompañado por un poli. No parecía que le ocurriera nada. No quería pronunciar palabra. Era católica, sólo que mi viejo no le permitía ir a la iglesia; él odiaba las iglesias. Se me quedó mirando. Alrededor de las cuatro de la madrugada murió. No parecía en absoluto que se estuviera muriendo. No asistí al funeral.

Imagino que me lo hubieran permitido, pero no quise ir. Supongo que ella ya no quería vivir más, y ni siquiera le importaba ir al infierno.

Harry le interrumpió nerviosamente.

—Bébase su café y sírvase más. Está usted medio dormido. ¿No toma usted nada?

—¿Quiere usted decir si me drogo? No, ni siquiera bebo.

Nilson sacó una hoja de papel y tomó unas breves notas.

—¿Qué le ocurrió para que le aplicaran la ley de vagos?

Jim explicó en tono rabioso:

—Trabajaba en los almacenes Tulman como jefe del departamento de embalaje. Salí una noche al cine, y, de regreso a casa, vi una multitud en Lincoln Square. Me detuve a ver qué era aquello. Había un tipo hablando en medio del parque. Me encaramé al pedestal de la estatua del senador Morgan para ver mejor, y entonces oí las sirenas. Vi que la escuadra antidisturbios se acercaba por el otro lado, pero otra escuadra venía por detrás. Un policía me atizó por la espalda, en el cogote. Cuando volví en mí ya estaba fichado por vagancia. Había permanecido inconsciente durante largo rato. Me golpearon aquí mismo —Jim puso sus dedos en la nuca, junto a la base del cráneo—. Bien, pues les dije que yo no era un vago y que tenía un empleo, y que llamaran al señor Webb, el director de Tulman. Lo hicieron, Webb preguntó dónde me cogieron, y el sargento repuso que «en un mitin radical». Entonces, Webb afirmó no haber oído hablar nunca de mí. Y yo pagué el pato.

Nilson conectó de nuevo el hornillo. El café comenzó a borbotear en el recipiente.

—Parece usted medio borracho, Jim. ¿Qué le ocurre?

—No lo sé. Me siento como muerto. Todo mi pasado ha desaparecido. Al venir aquí, he abandonado la habitación que tenía alquilada.

Aún tenía pagada una semana. No quiero volver a nada de ese pasado; deseo acabar con él.

Nilson llenó las tazas de café.

—Mire, Jim, quiero darle una idea de lo que significa ser miembro del Partido. Tendrá usted oportunidad de votar cada decisión, pero una vez emitidos los votos, deberá obedecer. Cuando disponemos de dinero, tratamos de dar a nuestros propagandistas veinte dólares al mes para que coman. No recuerdo una sola vez en que tuviéramos ese dinero. Ahora escuche lo relativo a la tarea: usted deberá trabajar junto a los demás hombres, y después tendrá que llevar a cabo la labor del Partido, lo que supone, a veces, dieciséis o dieciocho horas diarias.

Tendrá que procurarse su alimento. ¿Cree usted que podrá hacerlo?

Nilson tocó la mesa aquí y allá con las puntas de los dedos.

—Incluso la gente a la que trate de ayudar le odiará, las más de las veces. ¿Sabe ya eso?

—Sí.

—Bien. Entonces, ¿por qué quiere unirse a nosotros?

Los ojos grises de Jim se cerraron a medias, perplejos. Por último dijo:

—En la cárcel había algunos hombres del Partido. Me hablaron.

Todo ha sido confuso a lo largo de mi vida. En cambio, sus vidas no eran confusas. Trabajaban por algo. Y yo quiero trabajar por algo. Me siento como muerto, y creí que podría volver a sentirme vivo.

—Ya veo —asintió Nilson—. Ya veo que tiene razón, maldita sea. ¿Cuánto tiempo fue a la escuela?

—Hice hasta el segundo curso de enseñanza media. Entonces entré a trabajar.

—Pero habla usted como si hubiera ido más tiempo a la escuela.